

Era [Castillejo] hombre de mínimas necesidades físicas, en albergue, mesa y ropa. Modelo de pulcritud, de tenacidad, de originalidad y de donosura. Inalterable en apariencia, ardiente de entusiasmo, hizo lo imposible para que nadie notase su presencia. Pero quienes lo escucharon en la universidad, en la secretaría de la Junta, o donde quiera que fuese, difícilmente olvidarán sus actitudes, su mirada, sus palabras; ni estarán seguros de que aprobara, explícitamente, lo que estuvieran haciendo. Había en él un no sé qué de alentador y admonitivo. Nada dogmático, apenas proponía normas de conducta a quienes le consultaran, sin dejar un instante de proseguir la tarea propia, y la de todos, en perpetuo desvelo para encontrar soluciones eficaces, sin herir, ni rozar, las convicciones y los sentimientos de cualquier sector de la conciencia española. Fue un creador de comprimidos sintéticos vitalizadores; reunía rasgos del deportista, del inventor y del diplomático. Hombre de pensamiento tan suyo como su conducta, asimilaba cuanto pudiera servir a su misión regeneradora. Conocía perfectamente España y los pueblos rectores de Europa, y, de todos, empezando por el nuestro, supo recoger lo más fértil. Lo que da mejor que nada la medida de sus dotes, atrayentes y asociativas, es que, siendo parco en el elogio, nada acomodaticio, algo desconfiado, de humor sarcástico, y tacaño a la hora de retribuir (los sueldos fijados por él eran irrisorios) consiguiera ganarse la adhesión de los colaboradores imprescindibles para realizar aquella tarea. (Ramón Carande, *Una escolaridad con vacaciones y cuatro maestros*. Sevilla, 1977, pp. 54-5 y 69.)

Pero en el alma de Carande cabían muchos españoles, con sólo acreditar sus servicios a la patria común. Su maestro en España en la disciplina económica, don Antonio Flores de Lemus, suscitó del más sobresaliente de sus discípulos un culto también rendido e invariable. Los términos con que se expresara siempre Carande hacia el inspirador de toda la política hacendista del primer tercio del novecientos muestra las calidades de espíritu de don Ramón, en un extremo en el que el alma hispana se suele revelar habitualmente asaz enteca. Don Antonio, ágrafo casi impenitente y hoscamente reacio a los primeros planos, perteneció a esa reducida especie que en nuestro país forman los servidores del Estado por encima de opciones ideológicas y legítimas preferencias políticas. Conservador, católico y monárquico, inmoló su existencia en aras del mejor funcionamiento de nuestro sistema tributario, con inteligencia y abnegación tales que despertaron la admiración incondicional de Carande y de todos sus discípulos.

Otros muchos españoles de eximias cualidades y brillante ejecutoria en la vida económica, cultural o política de la más reciente historia española se congregan en las páginas de los varios libros de recuerdos de don Ramón y en sus apuntes y artículos que aún no han sido colectados en forma de volúmenes (pero que lo serán sin duda alguna muy pronto, pues no en vano don Ramón ha tenido la fortuna de poseer albaceas literarios diligentes y solíticos, a cuya cabeza figura su hijo Víctor Bernardo). El gran vasco José María Soltura, el patriarca de nuestros estudios de Historia del Derecho don Eduardo de Hinojosa, el montaraz pero celoso cardenal Segura, el benemérito bibliófilo don Diego Angulo Laguna, Ortega, el modesto as de la aviación española Rodríguez y Díaz de Lecea, Ramón y Cajal, el reputado erudito Francisco de las Barras y Aragón, la celeberrima hispanista Alice B. Gould, Arturo Duperier, sus colegas y amigos Agustín Viñuales y F. Bernis y un anchuroso —séanos concedida la licencia gramatical por lo extendido y, en este caso, gráfico, de la expresión— etcétera. Toda esta gavilla de españoles y de hispanistas ilustres por sus trabajos o su amor a nuestro país recibieron de don Ramón el homenaje de su pluma y el aplauso de su espíritu.

Hay, pues, encerrada mucha humanidad española en sus libros no especializados, que pueden servir de cantera para los investigadores de facetas muy variadas de la historia hispana del siglo veinte.

Epistológrafo ejemplar, la correspondencia de don Ramón constituye igualmente otro capítulo destacado de los últimos tramos de la existencia nacional. Desde la fecha en que se publique, esperamos que sea próxima, su epistolario pondrá a la disposición de los investigadores un yacimiento de fabulosas riquezas, como ya cabe deducir de las misivas intercambiadas con don Pedro Sainz Rodríguez —aparecidas en el libro póstumo de éste, *Semblanzas*, Barcelona, 1988—, y de otras cartas parcialmente reproducidas por sus afortunados corresponsales. Esta devoción por la carta pinta muy a lo vivo un atractivo aspecto de la personalidad de don Ramón, la de un romántico adentrado en el siglo veinte, contrarrestada por otras muchas de su espíritu plural, muy alerta ante todas las vanguardias artísticas y literarias.

Modernista cimero por su trayectoria profesional, la vida y la obra de Ramón Carande atesora multitud de enseñanzas aleccionadoras y materiales de firme porte para convertirse en lugar de su sólita frecuentación por los estudiosos de la contemporaneidad hispana. Para ellos don Ramón será siempre un acreedor preferente...

José Manuel Cuenca Toribio



Ramón Carande con Raúl Alfonsín, Presidente de la Argentina. Oviedo 1985



1930. Rector, preside la Hermandad de la Buena Muerte, en Sevilla